

# Poesía en verso y prosas casi profanas

Hernán Lavín Cerda

*A los espíritus de Alfonso Reyes  
y Julio Cortázar, de vuelo en vuelo*

## 1. METAMORFOSIS DE ROBERTO BOLAÑO (1953-2003)

Desnacido y casi en los huesos, fuma  
que fuma, se lo fumaba todo, al Mundo  
y al Inframundo, incluso a Dios  
y al Diablo, cuando yo lo conocí sin conocerlo  
nunca, a los veinte años de su edad, más agudo,  
socarrón y eléctrico que un colibrí en el aire  
de su rabiosa y cruel incertidumbre.

Le gustaba mucho más el crepúsculo vespertino  
que la tibieza del esplendor del mediodía:  
siempre fue más infra que el Inframundo,  
aunque no supiera muy bien dónde estaba el Inframundo.  
Contra todo y contra todos, lejos de Dios  
y de la Academia no sólo de la Lengua:  
como francotirador, tuvo una puntería inmovible  
para disparar contra el ojo único  
en la frente del pianista, que era él mismo,  
con la más agria belleza de su leche tan suya.

Algún día estuve en Barcelona y no fui a verlo:  
me gustan, ¿cómo negarlo?, y no me gustan los  
[poetas más “malditos”  
que noctámbulos: ya no hay malditos de verdad  
en este Mundo o en aquel Inframundo:  
se me enrosca y se me sube en su espiral la pituitaria,  
tiembla en lo más profundo de mí el Gran Simpático

y me viene el sueño a lo bestia, un sueño a menudo  
[ingobernable.

Recuerdo que se burlaba de casi todo, bendito sea,  
[y de improviso  
podía enterrarnos, biliosa y fraternalmente, el cuchillo  
[por la espalda:  
pobre niño tonto, menos lúcido que tonto, por fortuna,  
¿en qué piensa uno cuando dice por fortuna?

¿Cómo, por qué, cuándo? Ni él mismo lo sabía, mientras  
iba mordiendo el hígado a flor de piel, no hay hígado  
que no sea de pronto un cadalso, sí, a flor de bilis  
y más bilis, con aquella ternura y soberbia  
insuperables, como desde un precipicio aún más hondo  
[que la hondura de Dios.

Lo dijo mejor que nadie en “El burro”, aquel poema  
[que aparece  
y de súbito desaparece de su libro *Los perros románticos*.

“Me subo a la moto y partimos  
por los caminos del norte, la cabeza y yo,  
extraños tripulantes embarcados en una ruta  
miserable, caminos borrados por el polvo y la lluvia,  
tierra de moscas y lagartijas, matorrales resecos  
y ventiscas de arena, el único teatro concebible  
para nuestra poesía”.

Vete al Diablo con tu metamorfosis, Roberto,  
aunque el Diablo, como aquel Dios,  
seamos nosotros, los que tal vez nunca  
te olvidaremos, a pesar de todo.

Descansa en paz o, si lo prefieres, no descanses  
en paz o en guerra, y sigue tu camino de animal romántico,  
más de romántico que de animal perruno  
y hasta la próxima, no te olvides, con dinero  
o sin dinero, para decirlo al modo de José Alfredo Jiménez,  
quien anda todavía por el Mundo y el Inframundo como  
[tú, detrás de un hígado  
de repuesto, la víscera casi inmortal, el higadillo del fervor  
[y el entusiasmo.

Echaremos los hígados a favor tuyo, en tu nombre,  
esperando que del manantial aparezca el invisible conejo  
[de luz,  
aquel milagro de la resurrección, ¿dónde estuvo la herida?,  
de una vez y para siempre.

## 2. ¿OTRA VEZ EL PREMIO NOBEL?

Discúlpeme, pero no quisiera recibir el Premio Nobel por  
segunda vez. Pienso que sería muy peligroso para mi po-  
bre y a veces lúcida inteligencia emocional. Mi estilo per-  
dería su equilibrio tan lógico desde la cuna, sí, desde siem-  
pre, y yo acabaría por perder no sólo el estilo que aún me  
caracteriza, sino además esa tranquilidad privada y pública.

Como ustedes saben, yo soy gnóstico de ficción, aun-  
que gnóstico al fin. Medio conceptista y sorpresivamente  
barroco por si las pulgas o las moscas, esas criaturas celestia-  
les que también obedecen al Destino y son muy trascen-  
dentes, aun cuando los miembros de la Academia Sueca no  
lo vean así, de ese modo, y estimen que ideológica o artísti-  
camente no es posible comparar a las moscas con las pulgas.  
Sea como fuese, no quisiera irme por las ramas o en puro vi-  
cio verbal, como gritaba Enrique Lihn jalándome las orejas.

Discúlpeme, señores del jurado, pero no me gusta-  
ría recibir el Premio Nobel en segundas nupcias. El  
haberlo recibido una vez, basta y sobra en demasía, para  
decirlo al estilo de don Miguel de Cervantes Saavedra,  
el de Alcalá de Henares, abuelo y nieto de Sancho Panza  
simultáneamente. Se los agradezco en el alma, pero no  
me hagan sufrir como si yo fuera un católico delirante  
o un musulmán endemoniado. Si me otorgan el Nobel  
por segunda vez, sin duda que sería una muestra de cruel-  
dad insoportable. Hemos sufrido mucho desde la pri-  
mera noche del Génesis, con algo de júbilo y entusiasmo.  
¿Me creen? ¿Por qué se burlan de mí? ¿Ya no me creen?

No me obliguen a felicitarlos públicamente, sacán-  
dolos la lengua desde la torre más alta del Castillo de Chapul-  
tepec, al mediodía, y con la mejor intención del mundo.

## 3. EL VIAJE DE JESUCRISTO

Tatuado va ese Cristo, tatuado y lleno de ojos  
en el último viaje de su piel:  
va cubierto de narices, de bocas, de colmillos.

Un millón de ojos en la órbita de cada ojo  
y un millón de pestañas en la órbita  
de cada pestaña, ojos verdes, rojos, ojos azules,

amarillos y negros en el viaje, siempre el viaje  
del primer suspiro a través del día, el soplo  
del primer día, el viaje del último suspiro  
a través de la noche, el soplo de la última noche,  
siempre el viaje donde cada órbita  
es el más allá de su ojo, aquel ojo

enrojecido y triste, fuera de sí, casi fuera  
de órbita, allí donde cada pupila se burla  
del ojo que al fin la contiene:  
no hay más consuelo que una sonrisa.

Tatuado va ese Cristo, tatuado y lleno de ojos  
en el último viaje más allá de su piel:  
tatuado y cubierto de cruces, de labios, de más cruces.

## 4. EL ARTE DE AMAR (LA DANZA DEL PÉNDULO)

Celestino amaba a Leticia, la que amaba locamente a  
Segismundo, el que amaba con entusiasmo y sin entu-  
siasmo a Valeria, la que amaba con furia uterina a Luis  
Alberto, el que observaba las estrellas, solitario, y sólo  
amaba a Nora del Carmen, la que no amaba a nadie,  
casi loca en su amor platónico.

Celestino se fue a la Unión Soviética en el otoño de  
1960. Leticia tuvo una crisis religiosa y se enamoró de  
Maimónides, un poco antes de ingresar al convento de  
las Hijas del Buen Pastor. Segismundo se volvió loco sin  
saber por qué, luego de amar con entusiasmo y sin entu-  
siasmo. Valeria descubrió el Arte de la Soledad en su casa  
llena de gatos equívocos, famélicos, esquivos, y junto a la  
sombra de Pericles, aquel loro inmortal que sólo hablaba  
en una lengua muerta: una especie de esperanto en resu-  
rrección casi permanente, aunque ustedes no lo crean.

Luis Alberto se suicidó en una noche de verano, no  
muy lejos del cerro San Cristóbal, cerca del principio y  
del fin del mundo, en Santiago de Chile, con un calor  
insuperable, más bien olímpico, y Nora del Carmen se  
casó al fin con Hernán Rodrigo Lavín Cerdus, un loco  
que nada tenía que ver con la historia, pero lo sospe-  
chaba todo a través de la sutileza de su espíritu.  
Psicosomáticamente, Lavín Cerdus lo sospechaba todo. **U**